

El peso de Hermes

Erick Iturralde

¿Puede un escritor dejar de escribir, un artista dejar de pintar o crear, un futbolista dejar de jugar fútbol o un poeta dejar la poesía? La respuesta es sí, pero no serían felices. Hay algo en la pasión que trasciende el entendimiento racional, una fuerza que define quiénes somos y que, aunque nos consuma, también nos da vida. Renunciar a eso es, en cierta forma, renunciar a uno mismo.

Javier es el tipo de persona que lleva la disciplina en las venas. Desde que lo conocí, su mundo ha girado en torno a su cuerpo: esculpirlo, fortalecerlo, perfeccionarlo. Aspirante a fisicoculturista y atleta de alto nivel, su rutina era un reloj suizo. Cada mañana, a las cinco en punto, su alarma marcaba el inicio de su jornada. Cuando la mayoría de nosotros aún estábamos soñando, Javier ya había completado su sesión de cardio en ayunas, seguido de un desayuno cuidadosamente calculado en calorías y macros. A las ocho en punto, como si fuera un ritual sagrado, cruzaba las puertas del gimnasio.

Ese día no fue diferente, o al menos eso parecía. El gimnasio estaba lleno, y el ruido de las pesas chocando llenaba el aire. Javier, como siempre, entrenaba con una concentración que rozaba lo obsesivo. Sin embargo, noté algo extraño: sus pausas entre series eran más largas, y sus movimientos carecían de la fluidez habitual. Cuando lo encaré, me dijo que no era nada, “solo cansancio”.

Horas después, mientras salía del gimnasio, decidió ir al médico. Una revisión que había estado posponiendo hacía semanas finalmente no podía esperar más. Los últimos meses habían sido duros: vómitos, hinchazón, dolor de abdomen y una fatiga que ni su inquebrantable fuerza de voluntad lograba superar.

Lo que sucedió en esa consulta médica lo marcaría para siempre.

- Tus riñones están al límite

Le dijo el médico con una seriedad que no admitía interpretaciones.

- Si sigues exigiendo tanto a tu cuerpo, te estás encaminando a una insuficiencia renal completa.

El diagnóstico era claro: la alta carga de entrenamiento, la suplementación y la dieta extrema estaban pasando factura. La recomendación fue tan devastadora como categórica: detenerse por completo o enfrentar consecuencias irreversibles.

Me contó todo esa misma tarde. No lloró, pero había un dolor evidente en su voz. —¿Cómo dejas lo que amas?, ¿Cómo renunciar a aquello que define quién eres?, me preguntó mientras me miraba.

Nunca lo había visto tan vulnerable. Para Javier, entrenar no era un hobby, era su identidad, su propósito, su manera de lidiar con el mundo.

Los días siguientes fueron un torbellino de emociones para él. Me habló de sus sueños de competir a nivel profesional, de los sacrificios que había hecho para llegar hasta donde estaba: las comidas insípidas, las madrugadas en el gimnasio, las noches de soledad. Todo había valido la pena porque él vivía para ese propósito. Renunciar ahora, cuando estaba tan cerca de alcanzar su máximo potencial, era una idea que no podía aceptar.

Finalmente, tomó su decisión. Contra todas las advertencias médicas, decidió seguir entrenando.

— Prefiero morir haciendo lo que amo a vivir una vida larga sin pasión, me dijo con una determinación que me dejó sin palabras.

Su convicción era admirable, pero también aterradora. Yo no sabía qué decirle. Tal vez tenía razón, tal vez no. En ese momento, solo sentí que se estaba despidiendo.

No volví a ver a Javier después de ese día. Tal vez fue por miedo a ser testigo de las consecuencias de su elección, o tal vez fue su orgullo lo que lo alejó. No lo sé. Pero lo único que sé con certeza es que no cualquiera toma esa decisión.

Requiere una valentía que raya en la locura, pero también una fidelidad a uno mismo que pocos poseen.

Y aunque su decisión me dejó una sensación agri dulce, no puedo evitar respetarla. Porque, después de todo, vivir una vida larga sin pasión ni amor no es una vida digna de ser vivida.